

Falso Problema

El Capitalino y sus Enemigos

POR LORENZO MEYER

NO hay manera de saber si la muerte del joven Juan Israel Bucio, en Sonora, al principio de este año (Proceso, 21 de septiembre de 1987), se debió a los golpes que le propinaron en la escuela sus compañeros por ser "guacho" (era de Michoacán) o a una enfermedad previa. Sea como fuere, la hostilidad que sufrió Juan Israel por el solo hecho de ser fuereño, no es desgraciadamente, un fenómeno aislado. Con diferentes grados y formas de violencia, muchos la hemos experimentado, en particular los capitalinos o "chilangos", como gustan llamarnos nuestros malquerientes.

Tenia quince años cuando entré por un tiempo a Chapingo —al Chapingo militarizado de hace treinta años— y fue ahí cuando por primera vez me percaté del gran odio que pueden albergar algunos mexicanos del interior en contra de quienes nacimos en la capital. La brutalidad de aquellas novatadas —que duraban el año entero— aumentaba de manera casi exponencial, si uno cometía el grave error de admitir ser originario del Distrito Federal. Después de ver horrorizado lo que le sucedió a un compañero que, lleno de inocencia, admitió frente a unos "veteranos" que era capitalino, a mí no me tomó más que unos segundos decidir que yo debería de circular por esa escuela diciéndome natural de un pueblo del Estado de México. Sin embargo, me sentí muy humillado por tener que negar a mi enorme "patria chica", para poder sobrevivir.

★

A HORA las agresiones que experimento por ser capitalino, ya no son a golpes, como antaño, pero no han desaparecido. Así, por ejemplo, a principios de 1986, una persona que acababa de conocer en Chihuahua, no tuvo el menor empacho en decirme: "Qué terrible, lo que les sucedió en la capital con el terremoto... tantos edificios caídos, ¡y tan pocos muertos!" Conocidos míos me han narrado sus experiencias de hostilidad y discriminación cuando decidieron o tuvieron que abandonar el Distrito Federal para ir a vivir a Guadalajara, Aguascalientes o Zacatecas, por sólo mencionar algunos ejemplos que recuerdo.

Creo que la madurez de una sociedad se demuestra, entre otras cosas, cuando sus miembros ya pueden relacionarse unos con otros con base en la naturaleza moral de su carácter, y no sobre lo meramente accidental: su lugar de nacimiento. Los capitalinos no tenemos ningún monopolio en cuanto a honradez o deshonestidad, sabiduría o ignorancia, altanería o humildad, nacionalismo o malinchismo, etcétera. Por el lugar de su nacimiento, ningún grupo de mexica-

nos es mejor o peor que el resto, y si bien es verdad que quienes vivimos en la capital del país tenemos mayor acceso a algunos bienes y servicios, también lo es, que en otras partes ciertos males y peligros a los que se expone el capitalino son menores o inexistentes. Vaya pues una cosa por la otra.

★

CREO que la antipatía que despertamos los capitalinos en muchos conciudadanos, se debe a estereotipos y malos entendidos: se identifica al capitalino con el centralismo y el autoritarismo, pero en realidad quienes vivimos en el Distrito Federal no somos responsables de tales acusaciones.

El capitalino común y corriente entiende y apoya el rechazo que produce en los estados el hecho de que decisiones tan importantes como la selección del gobernador o el presidente municipal no se haga en y por los intereses de la región sino en Los Pinos, en la Secretaría de Gobernación o en las oficinas centrales del PRI. Lo mismo se puede decir de las políticas económicas o culturales. Pero es absolutamente claro que en ese proceso de imposición, los nativos del Distrito Federal, en cuanto tales, no tenemos nada que ver. Hoy, por ejemplo, quienes ocupan la Presidencia de la República, la Secretaría de Gobernación o la presidencia del CEN del PRI, son gente que llegó a la capital proveniente de los estados.

El odiado centralismo no es, en realidad, una invención de quienes nacieron en el centro. En la historia moderna y contemporánea de nuestro país, la capital no fue la que conquistó políticamente al interior sino al revés. Hoy día, la raíz del centralismo, la imposición y la arbitrariedad gubernamental que tanto molesta, y con razón, en los estados, no se nutre de algo que sea propio y exclusivo de la sociedad capitalina, sino de la esencia misma de las instituciones que conforman nuestro actual sistema y cultura políticas, instituciones que son independientes de la región, y que oprimen por igual a capitalinos y no capitalinos.

Como lo señalé en otra ocasión, los naturales de la antigua "región más transparente del aire" también somos —y de manera muy notable— víctimas de la centralización y la imposición. Hasta donde se sabe, ninguno de los gobernadores y regentes del Distrito Federal ha sido un nativo de nuestra ciudad. Desde 1928 los capitalinos ni siquiera hemos tenido el derecho —todavía simbólico— de elegir a nuestras autoridades locales. Como ninguna otra región del país, el Distrito Federal está

Falso Problema.- El Capitalino y sus Enemigos

Sigue de la página siete

formal y realmente a merced de la voluntad de un Presidente que sólo excepcionalmente ha sido nativo de la entidad.

Los prejuicios y la falta de solidaridad que frecuentemente se muestran contra los capitalinos, son muy fuertes, pero dudo que haya un lector de esta columna en el interior que no tenga algún familiar viviendo en el Distrito Federal. Por nuestra parte, en este Valle de México estamos conscientes que muchos de nuestros problemas locales están íntimamente relacionados con el arribo diario de miles de personas de todas las clases sociales, provenientes de los estados, que vienen para quedarse. Pese a ello, y porque entendemos muchas de las razones que empujan a esta impresionante concentración demográfica, no hay una animadversión generalizada de los que nacimos aquí en contra de quienes llegan de fuera; convivimos con ellos pacíficamente e incluso muchos somos sus subordinados. Y así debe de ser, pues el problema de la migración a nuestra ciudad obedece a causas que no son de ninguna región en particular, sino del país en general.



DEL capitalino se ha hecho un estereotipo que puede ser muy conveniente para algunos que, desde ciertas regiones del país, quieren descargar por una vía fácil y sin riesgo una parte de sus frustraciones y complejos, así como para aquellos que en sus localidades desean hacer capital po-

lítico, atacando tigres de papel. En cualquier caso se trata de una lucha falsa, unilateral, y que no conduce a una solución real.

Supongamos por un momento que todos aquellos que hemos nacido en el Distrito Federal, desapareciéramos del planeta. De todas maneras, esta ciudad seguiría existiendo (pues entre nosotros aquellos que llegaron de fuera y no piensan irse son varios millones) y el autoritarismo del Estado y de su burocracia seguirían igual, ya que el verdadero asiento de estas prácticas no es ningún lugar geográfico, sino una cultura política realmente nacional. Y esta cultura y sus instituciones no fueron creadas ni mantenidas por un colonialismo capitalino, sino por los intereses de una élite política, cuyos miembros fundadores fueron y siguen siendo originales de todos los rincones del país.

Creo que cuando ningún mexicano se sienta legitimado en su agresión a otro mexicano por la pueril razón de su lugar de nacimiento, y cuando se entienda y acepte que lo que se debe de combatir no es al capitalino sino a algo mucho más difícil: al centralismo y a la antidemocracia, habremos dado un paso importante en la solución de nuestro verdadero y gran problema político. En este proceso ganaríamos enormemente en madurez, en la posibilidad de una convivencia civilizada y, sobre todo, en reforzar un espíritu de solidaridad nacional que tanta falta nos hace ahora.